

recompensa, vivir con él una seguridad. Los reyes le concedían la libertad de los cautivos, sabiendo que era el único medio de agasajarle (1). En el primer arrebato de la victoria, Teodorico publicó un edicto severo contra todos los partidarios de Odoacro. Epifanio se atrevió a pedir, no solamente por los inocentes, sino por los culpables: "Es una misericordia bien tenue la de no hacer mal á aquellos que no han hecho mal alguno. Jesucristo exige que amemos á nuestros enemigos." Teodorico era digno de oír ese lenguaje, y, en efecto, revocó su edicto. Con motivo de las guerras que se suscitaron entre los Godos y los Bárbaros de las Galias, la Italia, privada de sus labradores, reclamó la intervención poderosa del santo. Epifanio pasó los Alpes para tratar del rescate de los prisioneros que los Borgoñones habían hecho en Italia, y solicitó del rey Gundebaldo la libertad sin rescate: aquel era, decía él, el triunfo más bello para el vencedor. El rey, que había comenzado por exigir el rescate en nombre del derecho que da la guerra, acabó por acceder á la demanda del piadoso embajador, y más de seis mil cautivos fueron puestos gratuitamente en libertad; los demas fueron rescatados por un módico precio (2).

Epifanio encontró un digno émulo en el apóstol de la Nórica. *San Severino* (3) se había retirado á una de aquellas soledades del Oriente que tenían tanto atractivo para las almas contemplativas; pero una irresistible vocación le arrancó de su apacible retiro y le llevó en medio de los Bárbaros del Norte. Se le ofreció un obispado, y le rehusó para entregarse por completo á su misión de caridad. Se estableció en los países del Danubio, asolados por las guerras de Atila y las disensiones sangrientas de sus hijos; había allí un movimiento continuo de pueblos bárbaros, y la devastación, la matanza y

(1) AMBROS., *de Oñc.*, II, 15, 28, 71, 23. El mismo rasgo de caridad se refiere de SAN CESARRO.—*Act. Benedict.*, t. I, p. 659 y siguientes.—*Biblioth. Maxim. Patrum*, tomo IX, página 383 y siguientes.

(2) ENNODIUS, *Vita S. Severini*, p. 389-391.

(3) Véase sobre SAN SEVRINO, su vida por EUGIPIO, en los *Bollandistas*, Enero, t. I, p. 483 y sig.—NEANDER, *Hist. de la Religión cristiana*, t. III, p. 43 y siguientes.

la cautividad eran acontecimientos diarios. *Severino* fortaleció el ánimo de los vencidos, y el hombre de paz se mostró más fuerte que los guerreros (1). Á su vista, los Bárbaros experimentaban un sentimiento de respeto mezclado de terror, y el santo usaba de su ascendiente para obtener de ellos la liberación de los cautivos. Pero el rescate de los prisioneros era el menor de los actos de caridad de *Severino*. En el tiempo de grandes calamidades, lo que más suele faltar á los hombres es la fuerza moral. El apóstol de la Nórica enseñó á los vencidos á soportar las privaciones de una vida de miserias imponiéndoselas á sí mismo, pues, habiendo nacido bajo el ardiente sol del Mediodía, caminaba con los piés desnudos en medio de los inviernos rigurosos del Norte y cuando atravesaban los carros por medio del Danubio helado. Aquella dura existencia no le hizo insensible á los padecimientos de los demas, y sufría hambre y frío cuando veía á los pobres á quienes faltaba lo necesario: él mismo iba distribuyéndoles pan y vestidos, y al mismo tiempo daba á aquellos desgraciados un alimento no ménos indispensable, elevando sus almas hácia Dios. Su caridad era tan profunda, que venció al más cruel de los sentimientos, el egoísmo, fruto de las desdichas: los pobres se quitaban el pan de la boca para dárselo á otros más miserables.

Los pueblos del Norte son dueños del imperio; se abre una edad de barbarie. En medio de aquella disolución universal era necesaria una fuerza capaz de domeñar moralmente á los conquistadores. La religión que predicaba y practicaba la caridad, la abnegación y el sacrificio, era digna de imponer su ley á los rudos Germanos.

(1) Los Bárbaros habían saqueado las campiñas y llevado cautiva toda su población, y un clamor general de las poblaciones inmediatas llegó al santo. *SEVERINO* pregunta al jefe de un destacamento romano si tiene fuerzas suficientes para perseguir á los Bárbaros. «Si nos auxiliáis con vuestras oraciones, contesta el capitán, no vacilarémos en acometer á los enemigos.—El apóstol alienta á la pequeña columna y le recomienda que lleve á su presencia los prisioneros bárbaros. Los Romanos vencen. San Severino desata á los prisioneros, les reparte víveres, y les pone en libertad diciéndoles: «Contad á vuestros jefes lo que habeis presenciado; que no vuelvan á nuestras comarcas, porque no escaparían entonces á la cólera divina. Dios combate por sus defensores.» (EUVIP., § 27).

## CAPÍTULO IV.

### LA CONQUISTA.

#### § I.—Los conquistadores.

Los Bárbaros que invadieron la Europa en los primeros siglos de la era cristiana, no eran todos de la misma raza. Los que formaban la masa de los conquistadores eran los Germanos; y éstos fueron los que fundaron el nuevo orden de cosas, del cual procede la Edad Media. No nacieron, sin embargo, viables todos los Estados que creó la conquista. La religión desempeñó un papel importante en los establecimientos de los Bárbaros: las tribus afiliadas al arrianismo desaparecieron, y solamente llegaron á fundar monarquías durables los pueblos convertidos al catolicismo.

Los Tártaros, pueblos pastores, no tenían otra ambición que la de saquear, devastar y destruir; sus conquistas fueron efímeras. Si hubieran llegado á establecerse en Europa, hubieran convertido la Italia, las Galias y la España en un remedo de las estepas del Asia, donde ninguna roturación, ningún cerramiento, ningún vestigio de trabajo humano detiene la carrera de sus caballos.

Los Eslavos difieren, al mismo tiempo que de las poblaciones guerreras de la Germania, de las nómadas de la Tartaria. Esencialmente agriculto-

res, sus pacíficas tendencias les colocan fuera de las sangrientas convulsiones con que se abre la Edad Media; tomaron muy poca parte en la invasión, y sólo en los tiempos modernos es cuando han aparecido en la escena.

#### N.º 1.—Los Tártaros.—Atila.—Batalla de Chalons.

Bajo el mando de Atila, los Tártaros se hacen dueños del imperio; pero la Europa coaligada los rechaza á las estepas del Asia. Se repiten sus invasiones en la Edad Media y llenan de espanto al mundo entero; amenazan á la vez á la China y la Alemania; pero la ola bárbara se retira de nuevo sin que llegue á romper la cristiandad. Hasta hoy la raza tártara se ha mostrado incompatible con el genio europeo; no tiene la fuerza civilizadora que distingue á los Germanos, y su barbarie parece invencible. "Abandonados al instinto de los brutos, dice un historiador contemporáneo á la invasión de los Hunos, ignoran lo que es honesto ó deshonesto. Libres del yugo de toda religión, ningún respe-

to divino los enfrena,, (1). Horroriza, aún en medio de la barbarie de la invasión, su derecho de guerra: Atila decía "que donde su caballo ponía los piés, no volvía á crecer la hierba., Su ferocidad, dice *Amiano*, excede á toda ponderación; bajo la figura de hombres, añade *Jornandes*, viven como animales (2). *Jerónimo* ruega á Jesucristo que aparte del mundo romano aquellas bestias peor que salvajes, que ni aún tienen piedad para con el niño que acaba de nacer (3). Los Hunos no tienen otra misión que la de destruir. Atila tenía conciencia de ello cuando se llamaba á sí mismo el *azote de Dios*: es el conquistador en toda su brutalidad, que no trata de fundar, sino de destruir. Tal es el recuerdo que ha dejado entre los pueblos. En las tradiciones épicas, "Atila aparece poderoso, formidable, nada humano, indiferente, inmoral como la naturaleza, ávido como los elementos, absorbente como el agua y el fuego,, (4). Ese es también el papel histórico de los Hunos; precipitan á los Germanos sobre el imperio, inundan la Europa, la devastan y despues desaparecen.

Su primer choque fué irresistible; Bárbaros y Romanos se doblegaron bajo su yugo. Oigamos la canción fúnebre con la cual los guerreros hunos celebraron las proezas de su rey: "El más grande entre los reyes de los Hunos es Atila. Ha sido el señor de las naciones más bravas; él solo ha poseído la Escitia y la Germania y reunido en su mano un poder hasta entonces desconocido. Él es también el que ha llevado el terror á los dos imperios de Roma y les ha impuesto un tributo anual,, (5). Nada está exagerado en ese cántico; todo cuanto había de Bárbaro en el Norte de Europa y hasta en Asia se sometió á la autoridad del rey de los Hunos, y en su corte se veían los embajadores de los Romanos, que iban á recibir sus órdenes ó á implorar su clemencia. Comparándose á los Césares, decía Atila: "Los generales de los emperadores son criados, los generales de Atila son emperadores,, (6). El rey de los Hunos aspiraba á la dominación del mundo, y el título que invocaba para

ello caracteriza perfectamente al rudo conquistador. Se sabe que los Escitas reverencian á Dios bajo la forma de una cimitarra; un pastor de los Hunos, viendo que una de sus becerras estaba herida en un pié, siguió la huella de sangre y descubrió por entre la hierba la punta de una espada, que sacó de la tierra y se la ofreció á Atila. Poseedor de la espada de Marte, el rey bárbaro reclamó, por derecho divino, el imperio del universo (1).

La monarquía universal, si fuera posible, sería el sepulcro del género humano. Á pesar de sus beneficios, la dominación de Roma envileció á los pueblos y los condujo á una disolución inevitable; ¿qué hubiera venido á ser el mundo si los Hunos hubieran consolidado su imperio? Bendigamos la batalla de Chalons, que salvó el porvenir de la humanidad. Los Romanos, los Germanos y la Iglesia se disputan la gloria de haber librado de los Hunos á la Europa. El más formidable poder que ha llegado á pesar sobre el mundo vino á estrellarse, dice *Sismondi*, contra las últimas ruinas de la antigua civilización. No fué Aecio, dicen los historiadores alemanes, fueron los Godos los que destruyeron á los Hunos en las llanuras de Chalons. Y así creemos á un historiador filósofo: fué el papa Leon el que hizo lo que ningun ejército había podido hacer: librar al Occidente del yugo de los Tártaros (2). Fué necesaria nada ménos que una coalición de todas cuantas fuerzas vitales encerraba la Europa para rechazar las hordas asiáticas. Al genio de Roma corresponde la gloria de haber descubierto el peligro. Aecio, *el último de los Romanos*, reunió bajo sus banderas los restos de las legiones y los más valerosos de los Bárbaros, y por su inspiración, el emperador Valentiniano envió á los Visigodos y á su rey Teodorico embajadores que les hablaron en estos términos: "Digno es de vosotros, el más bravo de los pueblos, y de vuestra sagacidad el reunir vuestras fuerzas á las nuestras contra ese tirano que quiere la esclavitud del mundo entero, que no necesita de motivo alguno para hacer la guerra, creyendo que todo cuanto le es posible le está permitido. Despreciando el derecho y la equidad, es el enemigo de todo cuanto existe; si alguien merece el odio universal, es aquel que se declara el enemigo de todos...,, El rey

(1) AMMIAN. MARCEL., XXXI, 2.—CHATEAUB., *Estud. histor.*

(2) AMMIAN. MARCEL., XXXI, 2.—JORNANDES, *Hist. Goth.*, capítulo 24.

(3) HIERONYM., *Epist.* 84, de morte Fabiola (t. IV, P. II, página 661): «Avertat Jesus ab orbe romano tales ultra bestias.»

(4) MICHELET, *Hist. de Franc.*, lib. II, c. 1.

(5) JORNANDES, *Hist. Goth.*, c. 49.

(6) PRISC., *Excerpt. de Hist.*, p. 201 (ed. de Bonn).

(1) PRISC., *Hist.*, p. 199 y sig.—JORNANDES, *Hist. Goth.*, c. 35.

(2) HERDER, *Idea sobre la filos. de la hist.*, XVIII, 2.

## HISTORIA DE LA HUMANIDAD



ATILA DETENIDO Á LAS PUERTAS DE ROMA POR EL PAPA LEON I

de los Godos respondió: "Satisfacemos vuestro deseo. Atila es también nuestro enemigo. Que se vanaglorie de su victoria sobre los pueblos fieros; también los Godos saben combatir á los soberbios," (1).

El historiador de los Godos elogia la prevision de Aecio, que supo reunir alrededor de las águilas romanas guerreros de todas las naciones. También Atila estaba rodeado de un ejército de pueblos; los autores hablan de una jauría de príncipes tributarios, que, impacientes y temblando, aguardaban una señal del rey de los reyes para ejecutar sus órdenes (2). Conviene leer en *Jornandes* el relato de la batalla de Chalons: "Batalla terrible, furiosa, múltiple, tenaz y tal cual no se había visto jamás en la antigüedad." Se contaron los muertos por centenares de miles. Los viejos contaban que un arroyuelo que corría á través del campo heroico creció de pronto y llegó á ser un torrente, no por efecto de las lluvias, sino por la sangre, y que los heridos se arrastraban hasta él y apagaban su sed bebiendo sangre de sus hermanos.

¿Por qué se ha vertido tanta sangre? El monje que escribió la historia de los Godos se hizo ya esa pregunta: "¿Sería el odio, dice *Jornandes*, de unos pueblos contra otros quien armó á tantas naciones de un solo golpe? Más verosímil es creer que la raza humana vive para los reyes, puesto que basta el capricho de un soberbio señor para que naciones enteras se degüellen mutuamente," (3). *Gibbon* reproduce esa reflexion tan fútil como desconsoladora, más digna de un filósofo escéptico que de un cristiano. El obispo *Isidoro*, y despues de él *Tillemont*, ven en la invasion de Atila y en la batalla donde parecia haberse dado cita todo el género humano un gran acto de la justicia divina: "Dios eleva á los malvados y arma su brazo de su poder para que sirva de instrumento á sus designios. Tal fué la mision de Atila, el cual sirvió á la justicia de Dios para castigar una infinidad de perversos y á su misericordia para coronar á muchos de sus servidores."

Las guerras no deben mirarse únicamente por el punto de vista individual; el historiador debe investigar qué lugar ocupan las batallas en los

destinos del género humano: la de Chalons está entre aquellas que han decidido del porvenir de la civilizacion. Si los Hunos hubiesen vencido, la Europa entera habría sido su presa; el imperio de los Francos y la civilizacion cristiana, unida á él, hubieran perecido en su germen, y el mundo cristiano se hubiera convertido en una de las inmensas estepas donde reina la raza tártara. No deplore-mos, pues, la sangre que corrió en los campos de Chalons, que no fué derramada por el capricho de los reyes; los que allí sucumbieron son mártires de la humanidad, y la sangre de los mártires fructifica; es la semilla de un porvenir mejor.

#### N.º 2.—*Los Germanos, los arrianos y los católicos.*

Libertada la Europa de los Tártaros con la derrota de Atila, el imperio perteneció á los pueblos de raza germánica. El destino de los Bárbaros que conquistaron el mundo romano fué bien diverso; la mayor parte de ellos sucumbieron sin fundar un Estado durable; unos cuantos solamente dieron su nombre á las nuevas naciones que se formaron por efecto de la invasion. ¿De qué procede la rápida decadencia de aquéllos y la gloria de éstos?

Los primeros que hicieron vacilar el imperio romano recorriéndole y devastándole fueron los Godos; se les vió á las puertas de Constantinopla, pasar luego por Atenas, tomar despues á Roma, y reinar despues en Italia bajo un príncipe cuyo nombre rivaliza con el de Carlo-Magno; una de sus tribus se estableció en las Galias y fundó una monarquía en España. Pero ¿qué resultados tuvo aquella gloriosa correría? Los Ostrogodos no dejan otro recuerdo más que el nombre de Teodorico, y los Visigodos sucumben ante el ímpetu de los Árabes. De este modo, el pueblo que se apoderó de Roma y que tuvo la ambicion de reconstituir el imperio de Occidente en provecho de la raza germánica desaparece, por decirlo así, de la escena del mundo.

Los Vándalos fueron aún más desgraciados. Apenas han levantado un imperio sobre las costas donde había dominado Cartago, los destruye Belisario. No queda de ellos más que un nombre, y ese nombre sirve para denotar la barbarie por excelencia. Los Lombardos dejan vestigios en una parte

(1) JORNANDES, *Hist. Goth.*, c. 33.

(2) JORNANDES, *Hist. Goth.*, c. 40.

(3) ISIDOR. HISPAL., *Hist. Goth.*, c. 16.

de Italia, pero no logran fundar un Estado. Los Borgoñones tienen igual suerte. No sucede lo mismo á los Francos, que, llegando á las Galias en bien corto número, imponen su nombre á la Francia, conquistan la Germania, que había resistido á las legiones, y su rey se hace coronar emperador en Roma. No de otro modo algunas bandas de aventureros sajones que desembarcan en Inglaterra fundan allí una nacionalidad poderosa que hoy espárce sus colonias por todo el mundo.

Los Francos y los Sajones, paganos al tiempo de la invasión, abrazaron muy luégo la religion católica, mientras que las tribus germánicas que desaparecieron habían recibido el Evangelio de manos de una secta. Los Vándalos desaparecieron siendo arrianos; los Godos y los Lombardos no lograron aclimatarse en España y en Italia hasta que se convirtieron á la fe de Nicea. ¿Será este hecho puramente accidental? Tanto valdría negar la influencia de la vida religiosa en la suerte de las naciones, cuando tal vez nunca ha sido más considerable y más eficaz esa influencia que en el destino de los pueblos germánicos. La gran masa de los vencidos en los países conquistados por los Bárbaros estaba afiliada á la Iglesia ortodoxa; y cuando los conquistadores se obstinaban en su herejía, la fusion de los vencedores y de los vencidos se hacía imposible, y de allí los odios que abrían la puerta á nuevos conquistadores. Esa desafeccion de los Romanos causó la ruina de los Borgoñones y de los Visigodos en las Galias. También fué la division religiosa la que destruyó la dominacion de los Ostrogodos en Italia, no obstante el genio de Teodorico. El papado y los reinos arrianos eran incompatibles; y como el catolicismo era necesario para presidir el desarrollo de la humanidad en la Edad Media, los reinos arrianos tenían que desaparecer. Ya hemos apreciado el arrianismo bajo el punto de vista teológico (1); hemos dicho que hubiera sido impotente para desempeñar la mision de la religion cristiana. La historia de los Estados fundados por los Bárbaros nos presenta al clero arriano indiferente á la grande vocacion de la Iglesia; no hace nada para difundir el Evangelio ni para extirpar el paganismo; le falta el movimiento y la vida. La propaganda parte de Roma, y era, por lo tanto, á la Iglesia, que se preocupaba de la

(1) Véanse mis *Estudios sobre el Cristianismo*.

salud de las almas, á la que correspondía el imperio de la cristiandad.

¿Es esto decir que los Bárbaros que no fundaron Estados durables pasaron inútilmente por la tierra? No, contribuyeron á destruir la monarquía universal de Roma, y con ella el despotismo que envilecía y aniquilaba la especie humana. La mision de los Godos fué aún más grande: salvaron dos veces la humanidad, primero poniendo fin al imperio, y despues arrojando á los Tártaros á las estepas del Asia. Los Visigodos de España, los Borgoñones y los Lombardos acabaron por abrazar la fe que, en aquella época, podía únicamente salvar las naciones, y dejaron vestigios en las sociedades que se formaron por medio de la fusion de los pueblos conquistadores y de los conquistados. Solamente los Vándalos desaparecieron, sin otro recuerdo que el de una obra de destruccion.

Y puede lamentarse el que no se sostuvieran en África, porque, despues de su derrota, las costas que un tiempo dominó Cartago y las llanuras que fueron uno de los graneros de Italia se vieron invadidas por la barbarie y la esterilidad. El África se sustrajo á la influencia de la raza germánica, y sólo despues de siglos de una dominacion salvaje es cuando la civilizacion europea ha hecho esfuerzos para introducirse en ese inmenso continente. Se duda si los Vándalos habrían regenerado el África, como sus hermanos han regenerado la Europa. Para resolver esa duda, conviene ver lo que hicieron de su conquista los vencedores. Por nuestra parte, no imputamos á crimen el espíritu destructor de los Vándalos; no ménos devastadores fueron los Sajones y los Normandos, y fundaron, sin embargo, imperios poderosos y ricos de porvenir. Dos causas contribuyeron á la ruina inevitable de los Vándalos. Parece que había encarnado en aquel pueblo el genio de la persecucion. Quisieron hacer violencia á los sentimientos religiosos de los vencidos; y para quebrantar la resistencia de los católicos, emplearon todo género de medios, seducciones, tratamientos ignominiosos, destierros, tormentos, mutilaciones, la muerte misma; pero la fe de los débiles fué más fuerte que la omnipotencia de los conquistadores. Esa política insensata era un obstáculo invencible para la fundacion de un Estado; los vencidos, en hostilidad permanente contra los vencedores, emigraban ó iban á morir al desierto. Perseguidos y maltrechos los Africa-

nos, debían ver un libertador en todo enemigo de los Vándalos; y de ahí que Belisario encontrase amigos entre los indígenas y que le auxiliáran á combatir contra los Vándalos, que ya no eran los Vándalos de Genserico. Éstos se distinguían por su castidad; pero bastó ménos de un siglo despues de la conquista de África para que degenerasen por completo. Al ver el cuadro de sus costumbres en Procopio, se diría que el representado era un pueblo asiático; aquellos hombres del Norte necesitaban en África una mesa delicada, vestidos afeeminados, baños, danzas, harenes (1). Las fáciles victorias de Belisario prueban que no había ningún elemento de fuerza en aquellos señores del África.

## § II.—La conquista.

### N.º 1.—Carácter de la conquista.

El derecho de conquista de los antiguos se compendia en aquella célebre frase de los Galos: “*¡Ay de los vencidos!*”. La muerte de los vencidos era un derecho del vencedor; la vida que les dejaba era un beneficio; pero su libertad y sus bienes pertenecían al conquistador. Hoy día el vencedor se contenta con la soberanía, y los pueblos conquistados conservan la vida, la libertad y la propiedad. ¿De qué manera se ha efectuado la trasformacion del derecho más brutal, de aquel derecho que excita las pasiones malélicas de los hombres? El cristianismo tiene una parte en ese progreso; pero el genio de las razas germánicas reclama también su parte en el desarrollo de la humanidad.

La conquista bárbara se distingue desde el principio de la conquista antigua. Los pueblos perecían en la antigüedad. Sin evocar las ruinas de las magníficas ciudades que cubrían el Asia, ni los nombres de naciones que ya no viven más que en la historia, Roma misma, aun cuando moderada por cálculo, destruía á sus rivales, y ya no se sabe ni aun el lugar que ocupaba Cartago. Los conquistadores bárbaros fueron ménos destructores que los conquistadores civilizados: los pueblos no perecían ya. Léjos de exterminar á los Romanos, les dejaron su libertad, su derecho y gran parte de sus bienes. En la conducta de los Germanos no se encuentra nada sistemático y reflexivo; no parece sino que

(1) PROCOPIO, *de Bello Vandalico*, l. 6.

aquella conducta les estaba inspirada por la Providencia, la cual les llamaba á regenerar el mundo antiguo y no á sepultarle bajo sus ruinas. Sin duda alguna que hubo mortandad y devastacion, y que muchos de los vencidos se vieron reducidos á esclavitud; pero, para juzgar la conquista, no conviene atenerse á unos cuantos hechos particulares, ni á devastaciones accidentales, que son como las tormentas de la naturaleza; hay que elevarse por cima de las calamidades individuales para abrazar el conjunto del suceso. La conquista es la consecuencia de la invasión, y ya hemos dicho cómo se verificó ésta; que no fué una irrupcion súbita de una nube de Bárbaros; que, por el contrario, en el principio fué pacífica, y tanto que los emperadores la solicitaron, en cierto modo, para repoblar las tierras desiertas y darlas cultivadores, así como para llenar los cuadros de las legiones; hasta se dieron subsidios á los Germanos, se les distribuyeron tierras y el imperio quedó en pié. Últimamente se borró ya la sombra del gobierno imperial, y de auxiliares que eran los Bárbaros, se convirtieron en dueños. La ocupacion se verificó, pues, no sin violencia, porque los Germanos eran los más fuertes; pero sí con el consentimiento, ó poco ménos, de los jefes del imperio.

Ese carácter de la conquista se patentiza en la historia de los Borgoñones y de los Visigodos: aquéllos eran antiguos *Letos* ó confederados del imperio, y se aprovecharon del movimiento general que empujó á las poblaciones germánicas del siglo V para crearse un establecimiento durable. El usurpador Jovino les abandonó la parte de las Galias situada á la izquierda del Rhin. Honorio, para atraérselos, les permitió ocupar el país que se extiende desde el lago de Ginebra hasta la confluencia del Rhin y el Mosela; pero aun cuando constituidos en monarquía, los Borgoñones quedaron bajo la dependencia de los emperadores; no tenían, por consiguiente, la soberanía de las provincias que habitaban; súbditos del imperio, tenían obligacion de darle soldados, y sus jefes, al tomar el título de rey, eran dignatarios romanos, patricios unos, otros jefes de la milicia. Sigismundo, hijo de Gundebaldo, escribía al emperador Anastasio: “Ya que las distancias de los lugares y las circunstancias presentes no me permiten ir en persona á aseguraros mi adhesion, como vuestro soldado y vuestro deudo, procuro, al ménos, daros muestra con